

OBRAS DE B. PÉREZ GALDOS
NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

- I.—Doña Perfecta (6.^a edición). 2 pesetas.
II.—Gloria (dos tomos) (7.^a edición). 4 pesetas.
III.—Marianela (7.^a edición). 2 pesetas.
IV.—La familia de León Roch (tres tomos) (5.^a edición). 6 pesetas.
V.—La Desheredada (un tomo en 4.^o). 8 pesetas.
VI.—El Amigo Manso (un tomo en 8.^o). (2.^a edición). 3 pesetas.
VII.—El Doctor Centeno (dos tomos). (2.^a edición). 6 ptas.
VIII.—Tormento (en 8.^o). (4.^a edición). 3 pesetas.
IX.—La de Bringas (un tomo en 8.^o). 3 ptas.
X.—Lo Prohibido (dos tomos en 8.^o). 6 ptas.
XI.—Fortunata y Jacinta (cuatro tomos en 8.^o). 12 pesetas.
XII.—Miau (un tomo en 8.^o). 3 pesetas.
Torquemada en la hoguera, El artículo de fondo, La mula y el buey, La pluma en el viento, La conjuración de las palabras, Un tribunal literario, La princesa y el granuja, Junio (un tomo en 8.^o). 3 pesetas.

EPISODIOS NACIONALES

- EDICIÓN ECONÓMICA: DOS PESETAS TOMO
- | | |
|---|---|
| I.—Tratadgar (7. ^a edición.) | I.—El equipaje del Rey José (4. ^a edición.) |
| II.—La corte de Carlos IV. (6. ^a edición.) | II.—Memorias de un Cortesano de 1816 (4. ^a edición.) |
| III.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo (5. ^a edición.) | III.—La segunda casaca (4. ^a) |
| IV.—Bilén (6. ^a edición.) | IV.—El Grande Oriente (4. ^a) |
| V.—Napoleón en Chamartín (6. ^a edición.) | V.—7 de Julio (4. ^a edición.) |
| VI.—Zaragoza (5. ^a edición.) | VI.—Los cien mil hijos de San Luis (4. ^a edición.) |
| VII.—Gerona (5. ^a edición.) | VII.—El Terror de 1824 (4. ^a) |
| VIII.—Cádiz (4. ^a edición.) | VIII.—Un voluntario realista |
| IX.—Juan Martín el Empecinado (4. ^a edición.) | IX.—Los Apostólicos (4. ^a edición.) |
| X.—La batalla de los Arapiles (5. ^a edición.) | X.—Un faccioso más y algunos frailes menos (3. ^a edición.) |

GRAN EDICIÓN ILUSTRADA

Diez tomos. 168 en tela.

LA EL AUDAZ
FONTANA EL ORO HISTORIA DE UN RADICAL DE ANTARG (1820-1823) (1804)

3.^a ed. notablemente corregida. Un volumen en 8.^o 2 ptas.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán a la Administración de La Gurmada y Episodios Nacionales, calle de Fuencarral, 53, 2.^o derecha, Madrid y principales librerías.



NAPOLEÓN EN CHAMARTÍN

I

FONDO LITERATURA

22796

El Sr. D. Diego Hipólito Félix de Cantalicio Afán de Ribera, Alfóz, etc., etc., conde de Rumblar y de Peña Horadada, hacia en Madrid la siguiente vida:

Levantábase tarde, y después de dar cuerda á sus relojes, se ponía á disposición del peluquero, quien en poco más de hora y media le arreglaba la cabeza por fuera, que por dentro sólo Dios pudiera hacerlo. Luégo daba al reloj de su cuerpo la cuerda del necesario alimento, como decía Comella, la cual cuerda pasaba aún más allá de la media docena de bollos de Jesús, reblandecidos en dos onzas de chocolate. Incontinenti tenía lugar la operación de vestirse y calzarse, no consumada á dos tirones, sino con toda aquella pausa, aplomo, espaciosidad y mesura que la índole de los tiempos exigía. Una vez en la calle, dirigía sus pasos á cierta casa de la Cuesta de la Vega, donde es fama que habitaba aquella discreta mayorazga, con cuyo linaje la casa de Rumblar concertara genealógico y utilitario ayuntamiento. Esta visita no era de mucho tiempo, y al poco rato salía don

Diego para encaminarse ligero como un corzo á la calle de la Magdalena, donde vivía un señor de Mañara, de quien era devotísimo y fiel amigo. Era creencia general que comían juntos, y que luego leían la *Gaceta*, el *Semanario patriótico*, el *Memorial literario* y cuantos papeles impresos venían de Valencia, Sevilla ó Bayona, tarea que les entretenía hasta el anochecer; y por fin, á la hora en punto en que las calles de Madrid se tapujaban con aquel manto de simpática obscuridad que el positivismo alumbrador de estos tiempos ha rasgado en mil pedazos, nuestros dos galanes salían juntos, en luengas capas embozados, y á veces con traje muy distinto del que usaban durante el día. Aquí tenía principio, según opinión de los sesudos autores que se han ocupado de D. Diego de Rumber, la verdadera existencia de aquel insigne rapazuelo, así como también es cierto que todos los cronistas, si bien desacordes en algunos pormenores de sus escandalosas aventuras, están conformes en afirmar que siempre le acompañaba el supradicho Mañara, y que casi nunca dejaban de visitar á una altísima dama, la cual lo era sin duda por vivir en un tercer piso de la calle de la Pasión, y tenía por nombre la *Zana* ó la *Zuinga*, pues en este punto existe una lamentable discordancia entre autores, cronistas, historiógrafos y demás graves personas que de las hazañas de tan famosa hembra han tratado.

Ante el inconveniente de aplicar á Ignacio Rejoncillos los dos apodos con que la ape-

llidaban sus amigos, yo me decido á llamarla siempre la *Zaina*, y en verdad que ignoro por qué le aplicaron tal nombre, pues aunque á los caballos castaños se les llama *zainos*, no sé si esto cuadra á los cabellos del mismo color: ello es, sin embargo, que la palabreja significa también *traidor*, *falso* y *poco seguro en el trato*, y falta saber si la hija del tío Rejoncillos, alias *Mano de mortero*, merecía aquellos dictados, y por lo tanto, el ser tenida por la flor y espejo de la *zainería*.

Pero no quiero desviarme de mi principal objeto, que ahora es decir á cuáles sitios iba D. Diego y á cuáles no: y firme en tal propósito, afirmo y juro en realidad de verdad, y sin que ninguna persona honrada me pueda desmentir, que D. Diego y el Sr. de Mañara iban de noche á una reunión de masonería incipiente del género tonto, que se celebraba en la calle de las Tres Cruces, y á otra del género cómico fúnebre, que tenía su sala, si no me falla la memoria, en la calle de Atocha, número 11 antiguo, frente á San Sebastián; en cuyas reuniones, amén de las muchas pantomimas comunes á esta orden famosa, leíanse versos y se pronunciaban discursos, de cuyas piezas literarias espero dar alguna muestra á mis pacienzudos leyentes.

Sobre todo, en la calle de Atocha, donde estaba la lógia *Rosa-Cruz*, el rito era tal, que algunas veces púseme á punto de reventar conteniendo las bascas y convulsiones de mi risa, pues aquéllo, señores, si no era una jaula de graciosos locos, se le parecía como una

berengena á otra. En una obscurísima habitación, que alumbraban macilentas luces y toda colgada de negro, se reunían los tales masones, y porque allí fuera todo misterioso, tenían á la cabecera un Santo Cristo acompañado del compás, escuadra y llana, y á la derecha mano, como si dijéramos, al lado del Evangelio, un esqueleto muy bien puesto en su sillón, con la cabeza apoyada en la mano, en ademán meditabundo, y por bajo un letrero que decía: *Aprende á morir bien.*

Debo indicar que en aquel año la masonería española era pura y simplemente una inocencia de nuestros abuelos, y una imitación sosa y sin gracia de lo que aquellos benditos habían oído tocante al *Grande Oriente inglés* y al *Rito Escocés*. Yo tengo para mí que antes de 1809, época en que los franceses establecieron formalmente la masonería, en España ser masón y no ser nada eran una misma cosa. Y no me digan que Carlos III, el conde de Aranda, el de Campomanes y otros célebres personajes eran masones, pues como nunca les he tenido por tontos, presumo que esta afirmación es hija del celo excesivo de aquellos buscadores de prosélitos, que no hallándolos en torno á sí, llevan su banderín de recluta por los campos de la historia, para echar mano del mismo padre Adán, si le cogen descuidado.

Después de 1809 ya es otra cosa. De aquellas dos logias infantiles, que yo conocí en la calle de las Tres Cruces y en la de Atocha, y donde se regocijaban con candorosas ceremo-

nias unos cuantos desocupados, salieron la famosa logia de la *Estrella*, la de *Santa Justa patrona de Córcega*, la sociedad de caballeros y damas *Philocoreitas*, la de los *Filadelfios* de Salamanca, la Gran logia nacional que estuvo en el edificio ocupado antes por la Inquisición, la logia de Santiago el mayor en Sevilla, y las de Jaen, Orense, Cádiz y otras ciudades. Entrometiéndome en la Gran logia nacional, oí hablar de cosas más serias y graves que los discursitos *filosóficos en verso* que le echaban al esqueleto de la *Rosa Cruz*; oí hablar mucho de política, de igualdad, y entonces fué cuando anduvo de boca en boca, y llegó á ser muy de moda la palabra *democratismo*, que luégo desapareció para presentarse de nuevo al cabo de medio siglo, aunque reformada en su forma y tal vez en su significación. De la larva de aquellas logias, no es aventurado afirmar que salió al poco tiempo la crisálida de los clubs, los cuales á su vez, andando el voluble siglo, dieron de sí la mariposa de los comités.

Pero otra vez sin quererlo, me aparto de mi objeto, y no ha de ser así, sino que vuelvo atrás para deciros que el señor conde de Rumblar, luégo que esparcía su ánimo en aquello del esqueleto, y hablaba por los codos durante una hora, iba en busca de entretenimientos más agradables, y aquí es donde viene como anillo en el dedo la ocasión de nombrar á la Zaina, porque á eso de las once era cuando penetraba en sus *salones* el joven de que me ocupo, no acompañado sólo por el ci-

tado Mañara, sino también por D. Luis de Santorcáz, que siempre se le unía en la Rosa Cruz para seguir juntos hasta la madrugada.

Es preciso tener presente que no era la Zaina la única gran dama de aquellos aristocráticos barrios que abría de par en par las puertas de su casa y de su alma á nuestros tres amigos, y á fe mía que si hubiera yo de enumerar todas las ilustres casas de los cuarteles de San Lorenzo y San Millán que por aquellos días obsequiaban á un pequeño número de *habitués* (¿por qué no decirlo en francés?) llenaría de seguro todo este libro y medio más. Pero sin renunciar á ser cronista de los saraos de aquella matritense *high life* (¿por qué no decirlo en inglés?) seré muy breve por ahora, señores míos: esténme atentos, y no me interrumpan con exclamaciones de admiración que me harían perder mal de mi grado el hilo del relato.

Los salones de la *Zancuda*, en la calle de Ministriles, se abrían muy temprano, y allí había cierta grave etiqueta, con poco de fandango y ménos de seguidillas, razón por la cual escaseaba la concurrencia. Era la *Zancuda* mujer de grandes atractivos, á pesar de su feísimo nombre, pero no gustaba de alborotos, porque su marido ó lo que fuera, el señor Regodeo, era al modo de diplomático, hombre estirado, serio, ceñudo y que en esto de burlar con sutilísima perspicacia las soca-lifas de las aduanas, almojarifazgos ó arbitrios de puertas, no se cambiaría por los más famosos de Sevilla y Ronda en el tal oficio.

nes cuando se las plantea entre gente discolá y pependciera. ¡Y cómo gozaba D. Diego en aquella casa! ¡Y cuánto le querían y mimaban, y cómo se hacían lenguas todos en alabanza de su liberalidad, de su desprendimiento, de su nobleza, de aquel donaire con que entregaba sin muestras de aficción la cantidad perdida! A tanto afecto correspondía Rumblar con una asistencia tan puntual, que si fuera al áula le habría hecho en poco tiempo un segundo Aristóteles.

Mas en aquella casa y en las que antes he mencionado, no se consagraba todo el tiempo á los reyes, sotas y demás real familia, pues siguiendo la general corriente de los tiempos, se hablaba mucho de política. Iba á ellas con frecuencia, y durante sus días de vagar el tío Mano de Mortero, que siempre llevaba noticias frescas. También concurría Pujitos, joven instruidísimo y de gran erudición, pues no dejaba de saber leer (aunque con pausa y cierto dejo ó sonsonete), razón por la cual aquel exclarecido concurso estaba al tanto de las Gacetas y papeles nacionales y extranjeros, porque es de advertir que si el tío Mano de Mortero conocía á fondo la geografía ibérica (merced á sus frecuentes viajes *científicos* para desesperación del Estado y quebrantamiento del fisco); si por esta circunstancia conocía la posición de los ejércitos beligerantes, Pujitos iba mucho más allá; Pujitos se elevaba en alas del genio, y su pensamiento cerníase en las vertiginosas altitudes del arte militar y diplomático, co-

mo el águila sobre las eminentes cumbres.

Estas conversaciones no duraban toda la noche, y entre juego y juego solía haber bolero y manchegas, así como también algo de aquello que los eruditos llaman palos y el vulgo también; pero sabido es que los palos son para ciertas gentes gustosísimo postre, después de los manjares fuertes del amor y del vino. ¡Ay! puedo asegurar que D. Diego era muy feliz con aquella vida.

Pero el dorado alcázar, el Medina-al-Fajara, el Bagdad, la Sibaris y la Capua de sus impresionables sentidos estaban en casa de la Zaina, aquella beldad incomparable, aquella que, al aparecer por las mañanas en la esquina de la calle de San Dámaso, dentro de su cajón de verduras, daría envidia á la misma diosa Pomona en su pedestal de frutas y hortalizas. ¿Y qué diremos de aquella gracia peculiar con que lavaba una lechuga, arrancándole las hojas de fuera con sus divinas manos, empedradas de anillos? ¿Qué del donaire con que hacía los manojitos de rábanos, que entre sus dedos racimos de orientales corales parecían? ¿Qué de aquella por nadie imitada habilidad para poner en orden los pimientos y tomates, cuya encendida grana se eclipsaba ante el rosicler de su cara? ¿Qué de aquel lindísimo gesto con que metía los cuartos en la faltriquera, olvidándose casi siempre de dar la vuelta? ¿Qué de aquella postura (digna de llamar la atención de Fidas), cuando descolgaba una sarta de ajos, que al enroscarse en sus brazos no se tomarían por

otra cosa que por rosarios de descomunales perlas? ¿Qué de la destreza y soltura con que arrojaba las hojas de col sobre los usias que iban á requebrarla? ¿Qué de su ciencia en el vender, y su labia en el regateo, y su diplomacia en el engañar, que á esto y á nada más propendían todas y cada una de las sales y monerías de su lengua y ademanes? Válgame Dios, que tuvo buen gusto D. Diego al prendarse de aquella princesa ó semidiosa, pues tal era su mérito y de tal modo y con tanta presteza la rodeaba de poéticos atributos la imaginación, que el puesto era un trono y las lechugas ramos de olorosas yerbas, y los rábanos jacintos de Holanda, y los repollos abiertas magnolias, y los ajos cerradas azucenas, y las cebollas conjunto perfumado de todas las flores, así como también podía suponerse que el agujereado mandil de la Zaina era un rico sayal de finísima puntilla de Flandes, y el cuchillo de partir, varita de oro para dar gusto y ocupación á las movibles manos, y los ochavos desparramadas joyas que los príncipes y reyes, de remotas tierras venidos, echaban á sus piés para rendir el fuerte castillo de su honestidad.

¿Y qué me diréis si os aseguro que don Diego, á pesar de sus atractivos y de su dinero, no había podido rendir á la Zaina? ¡Oh, inflexible ley de los hados que en aquella ocasión dispusieron que la Zaina fuese esclava en cuerpo y alma de otro galán, al cual de antiguo mis lectores conocen, y no es otro que el propio D. Juan de Mañara, por segun-

da vez presentado en el escenario de estas historias! Pues sí: el Sr. de Mañara, como la muerte, lo mismo ponía el pié en *pouperum tabernas* que en *regumque turres*; y aunque era persona de alta posición por aquellos días, y estaba á punto de ser nombrado regidor de Madrid, sus preferencias en materia de costumbres y de amor, ibanse del lado de lo que Horacio llamó *tabernas*, y en castellano podemos nombrar ahora con la misma palabra.

II

Por las noches, este caballero, lo mismo que D. Diego, después que salían de las logias, se vestían de majos, y... aquí viene ahora la coyuntura de describir la casa de la Zaina y su gente, con las fiestas y bailes y el refresco aparatoso que les ponía fin; pero como aún me resta por manifestar un poquito de lo referente á D. Diego y á su vida, principal objeto que en este comienzo del libro me propuse, dejo aquéllo para después y sigo diciendo que el hijo de doña María, bien solo, bien acompañado de Santorcáz, iba de tertulia alguna vez á las librerías principales, que era donde más se hablaba de política.

No sé si recordaré todas las tiendas de libros que había entonces en Madrid; pero sí puedo asegurar que casi igualaba su número al de las que ahora existen, y las más concurridas eran las de Hurtado, Villareal, Gómez

Escribano, Bengoechea, Quiroga y Burguillos (antes Fuentenebro), en la calle de las Carretas; la de la viuda de Ramos, en la carrera de San Jerónimo; la de Collado, en la calle de la Montera; la de Justo Sánchez, en la de las Veneras; la de Castillo, frente á San Felipe el Real, y el puesto de Casanova en la plazuela de Santo Domingo. En estas tiendas se reunían muchos jóvenes escritores ó que pretendían serlo, poetas hueros ó con seso, aunque éstos eran los menos; personas más aficionadas á la conversación que á los libros, gente desocupada, noticieros, y muchísimos patriotas. D. Diego era patriota.

Como yo me metía bonitamente en todas partes, también me daba una vuelta por las librerías, bien acompañando á D. Diego, bien solo, echándomela de gran patriota, y en la de las Veneras, me acuerdo que dije una noche muy estupendas cosas que me valieron calurosos aplausos. ¡Ay! allí conocí al sombrerero Avrial y á Quintana, el mochuelo y el mirlo, el cisne y el ganso de aquellos tiempos literarios, tan turbados, tan confusos, tan varios y antitéticos en grandeza y pequeñez como los políticos. Parece, en verdad, mentira que Moratín y Rabadán, que Comella y Meléndez hayan vivido en un mismo siglo. Pero España es así.

Tampoco dejaba D. Diego de concurrir al teatro alguna que otra vez, porque era de muy patriotas el ir á la representación de las famosas comedias de circunstancias *La alianza de España é Inglaterra, con tonadilla*, y

Los patriotas de Aragón y Bombeo de Zaragoza, que en aquellos días se representaban con frenético éxito. Y para que nada faltase en el círculo de relaciones de aquel joven ilustre, también asomaba las narices por el cuarto de Pepilla González, actriz famosa, si bien un día puso punto final á sus visitas porque le hicieron no sé qué ingeniosa burla.

En casa de la Zaina, en casa de la Pelumbres, en la de la Naranjera, en la logia de Rosa Cruz, en la librería de la calle de las Veneras y en el teatro, solíamos encontrarnos D. Diego y yo, pues como he dicho, yo tenía especial empeño en seguirle á todas partes, venciendo para entrar en algunas la repugnancia de mi conciencia. El joven se franqueaba espontáneamente conmigo, y yo mientras más me decía, más procuraba sacarle para que ningún escondrijo ni pliegue de su vida me fuese secreto. Sólo cuando iba en compañía de Santorcáz me guardaba muy bien de preguntarle ciertas cosas.

¡Pobre D. Diego, y á cuántas pruebas se vieron sujetas su impetuosa juventud é inexperiencia! ¡Y qué de simplezas hizo, y qué terribles caídas tuvieron los atrevidos saltos de su entusiasmo, y qué porrazos se dió con las peñas del fondo al arrojarse desafortadamente en el mar de la vida, creyéndole sin arrecifes, ni sumideros, ni bajíos! ¡Y cuánto se encanalló; y de qué extraña manera el mayorazgo poderoso, vióse en ocasiones pobre y miserable, con la circunstancia de que no podía menos de sostener el pié de su lujo y re-

presentación! Como era tan maniroteo, gastaba en una semana la renta de un año, y aquí de los acreedores, usureros, prestamistas, judíos y demás chupadores de sangre que se bebían la de mi condesito. Este llegó á verse muy afligido, pues nadie le fiaba ya el valor de una peseta, y recuerdo que cierta noche, cuando salíamos del teatro del Príncipe, don Diego me hizo una pintura horrenda de la plenitud de sus apuros y vaciedad de sus bolsillos; dijo después que se iba á suicidar, y luégo me llamó insigne varón, ilustre amigo y el más caballeroso y caritativo de los hombres, siendo de notar que todos estos rodeos, elipsis, metonimias é hipérboles, terminaron con pedirme dos reales. Dile cuatro que tenía y se despidió, suplicándome que dijese algo en su favor á cierto prestamista llamado Cuervatón, vecino mío, pues tenía pensado darle un tiento al siguiente día, aunque las cantidades adeudadas subían al sétimo cielo. Yo le prometí interceder en su favor, y deseándole las buenas noches entré en mi casa.

III

La cual era aquella misma honrada mansión donde fui recogido, curado y asistido en mi penosa enfermedad del mes de Mayo, y vea el lector cómo de manos á boca nos encontramos de nuevo en la dulce compañía del Gran Capitán y de su esposa, y en alegre familiaridad con el Sr. de Cuervatón, con don

Roque, con el lañador y respetable familia, con la bordadora en fino y otras personas que, si no gozan en la historia de celebridad apropiada á sus méritos y eminentes calidades, tendránla en esta relación, mal que le pese á la ruin envidia, siempre empeñada en rebajar los altos caracteres.

Desde mi vuelta de Andalucía, yo moraba en casa de D. Santiago Fernández: Santorcáz no vivía ya allí, ni tampoco Juan de Dios, ni sus antiguos patronos sabían de su paradero, pues habiendo salido cierto día de Agosto muy de mañana, hasta la fecha de lo que voy contando, que era por Noviembre, no había vuelto, lo cual hacía decir á doña Gregoria:

—No puede por menos sino que á ese bienaventurado Sr. de Arroiz le ha sucedido alguna desgracia, como no se haya ido al cielo en cuerpo y alma, que para eso estaba.

La casa (y aunque me parece que esto lo saben ustedes, no estará demás repetirlo) era de esas que pueden llamarse mapa universal del género humano, por ser un edificio compuesto de corredores, donde tenían su puerta numerada multitud de habitaciones pequeñas, para familias pobres. A esto llamaban casas de Tócame Roque, no sé por qué. No lo indagaremos por ahora, y sepan que en aquellos días, el que hubiera entrado en casa del Gran Capitán, habría visto á éste en el centro de un animado corrillo, donde estábamos hasta ocho personas, todos buenos españoles é inflamados de patriótico afán por saber có-

mo iban las cosas de la guerra; habría visto con cuánta diligencia y precipitación acudían unos y otros en cuanto Fernández volvía de la oficina; habría visto cómo amorosamente preparaba doña Gregoria el zahumado brasero, para que no se enfriara la concurrencia; cómo Fernández, golpeando la caja de rapé, tomaba un polvo, sonábase mirando á todos por encima del pañuelo, y luégo se apresuraba á satisfacer la sed de su curiosidad, en estos términos:

—La cosa va mejor de lo que se creía, y lo de Lerín no fué tan desgraciado como se nos quería pintar. Señores, hay que poner en cuarentena lo que dicen los papeles impresos, porque los diaristas no se cuidan más que de sorprender al público con noticiones, y como ninguno de ellos sabe palotada de lo que llamamos el arte de la guerra...

—Pues á mí me han dicho que lo de Lerín fué un desastre muy grande—afirmó D. Roque.—¡Bah! Si tenemos uncs generales... De lo que está pasando tienen ellos la culpa, y bien sabía yo que vendríamos á parar á esto. Pues qué, si esos señores, en vez de estarse en Madrid todo el mes de Septiembre mordiéndose unos á otros; si en vez de estar aquí diciéndose "yo soy mejor que tú," y disputándose el mando de los cuerpos como perros que riñen por un hueso; si en vez de esto, digo, se hubieran marchado al Norte á perseguir al enemigo, ¿estarían los franceses tan envalentonados?

--Tiene razón que le sobra por los tejados

el Sr. D. Roque—dijo la mujer del lañador.— Y yo, que no sé de guerra, le decía á mi marido todas las noches cuando nos acostábamos: “Mira, Norberto, los generales, en lugar de estar aquí y en Aranjuez, hablando mal unos de otros, y revolviéndolo todo con sus envidias y reconcomios, debieran andar por toda esa tierra de Burgos y Rioja persiguiendo al francés. Que si Llamas manda tal tropa; que si ya no la manda Llamas, sino Pignatelli; que si Castaños se opone á que venga Cruz; que si Blake quiere ser más que Cuesta, y Cuesta más que todos; que si Palafox manda este cuerpo; que si La Peña no quiere mandar el otro... en fin, cuando después de la batalla de Bailén creímos vernos libres de franceses, y emperadores, y reyes de copas, ahora salimos con que por estarse los generales mano sobre mano en Madrid, al olorillo de la corte, y de los obsequios, y de las nestas, han dejado que los otros se arreglen bien y tengan dispuesto todo para darnos un susto.”

—Ha hablado usted como un padre de la Iglesia, señora doña María Antonia—dijo con officiosa exaltación doña Melchora, la bordadora en fino.—A mis niñas les dije yo eso mismo el mes pasado. ¿No es verdad, Tulita; no es verdad, Rosarito? Sí, señores, esa es la pura verdad; y lo que yo voy viendo es que desde que empezó la guerra, desde que hubo aquella de venir los franceses y caer Godoy, nadie ha sabido acertar más que nosotras, y cuando anunciábamos lo que iba á pasar, los hombres graves se reían diciendo: “¿Qué en-

tienden las mujeres de guerras ni de historias?,” Pues vean ahora si entendemos.

—Tiene razón doña Melchora—dijo el señor de Cuervatón.—También se reían de mí cuando anuncié lo que iba á pasar. Pero, señores; cuando los de arriba pierden la chaveta, como ha pasado aquí, á los tontos y á las mujeres corresponde el imperio del buen sentido.

—No obstante—dijo el Gran Capitán, impaciente por poner el peso de su autorizado dictamen en aquella contienda,—aún no se puede hablar mal de esos valientes generales. Yo no les he explicado á ustedes todavía el plan de campaña. Es preciso que ustedes se penetren bien de esto. Las tropas que mandan Blake, Llamas, Castaños y Palafox, colocadas y extendidas desde el Ebro hasta Burgos, forman un gran semicírculo. Vienen los franceses: el semicírculo se cierra, convirtiéndose en círculo, y aquí me tienen ustedes á mi emperador cogido en una ratonera.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿viene ó no viene?—preguntó doña Melchora.

—Yo creo que no—dijo el Gran Capitán, echándosela de malicioso.—Y tengo para mí que todo eso que dicen los papeles acerca de lo que Napoleón leyó en el Senado, es pura invención. Como que hay quien dice que Napoleón está muy enfermo de un tumor que le ha salido en el sobaco izquierdo, y que ya le han sacramentado.

—¿Y usted es de los que dan crédito á los mil desatinos que cuentan los patriotas?—

exclamó D. Roque levantándose de su asiento. —Aquí creen que se sale del paso contando mentiras, y matando de calenturas ó al-fombrilla á todos nuestros enemigos.

—Y qué, ¿soy hombre para tragar todas las bolas que cuentan diariamente los papeles?—dijo el Gran Capitán, sin disimular el desprecio que le merecía la prensa.—Vamos á ver, ¿qué saca usted en limpio, Sr. D. Roque, de todas esas hojas que lee día y noche, y que le van á volver loco, como al bueno de D. Quijote los libros de caballería?

—Quédese cada uno en su sitio, y no se meta en los trigos ajenos—repuso D. Roque, procurando contener su irascibilidad, —que así como yo no me meto jamás en las honduras del arte de la guerra, que no entiendo, así debe usted respetar las ciencias que no están á su alcance. ¿Qué sería de la sociedad sin papeles públicos! Aquí tengo yo el *Semanario Patriótico*—añadió, sacando un voluminoso legajo de uno de los luengos bolsillos de su levitón,—que es el mejor papel que hasta ahora se ha escrito, y contiene cosas muy lindas, y en todo lo que dice no parece sino que habla por boca de Aristóteles y Platón. Desde que en el primer número vi aquello de *la opinión pública es mucho más fuerte que la autoridad malquista y los ejércitos armados*, les digo á ustedes francamente que el tal papelito me enamoró. Yo me quito el garbanzo de la boca para ahorrar los 20 reales que me cuesta cada trimestre; y ¿cómo no hacerlo, si este manjar del espíritu es tan necesario á

la vida como el alimento del cuerpo? Así es que los miércoles por la noche no duermo, y todo es dar vueltas en la cama, pensando en lo que traerá el *Semanario* al siguiente día. Los jueves son para mí días de delicia, y leyendo mi *Semanario* olvidaseme el comer y el beber, á más de todas mis penas y tristezas, que son muchas. ¡Y cómo trata las cuestiones! ¡Y con qué gracia le da á cada uno lo que es suyo! ¡Y qué sal tiene para decirle á la Francia todas sus picardías! ¿Pues y el paralelo que hace entre Bonaparte y Maximiliano Robespierre? No pierde ripio para decir á todos las verdades, y á los españoles les suele sacar los trapitos á la colada, como quien dice. En fin, señores, me entusiasma tanto, que el otro día, no pudiendo satisfacer mi deseo de conocer al autor de tan divino escrito, y averiguado que lo es un tal Manolito Quintana, me fui derecho allá, y abrazándole le dije: “Venga acá el extremo de toda discreción, el resumen de la elocuencia y del buen decir, el dechado de la lengua castellana, el azote de los tiranos, el heraldo del patriotismo y el cisne de los derechos del hombre.” A lo cual me contestó que él cumplía con su deber y que agradecía tales alabanzas.

—¿Toda esa arenga le echó usted al buen autor del *Semanario Patriótico*?—dijo el Gran Capitán.—Pues en verdad digo, que si la Junta oyera mis consejos, al punto mandaría suprimir ese y todos los demás papeles. ¿Para qué se quieren papeles?

—Hombre irracional, ¿y cómo se difunden

las luces y se propaga la buena doctrina, y se instruye á toda la gente del reino, chicos y grandes? ¡Pues malitas cosas trae el *Semanario Patriótico!*... Como todos dieran en leerlo con tanto fervor como yo, pronto se remediarian los males de la nación. Y no hay que darle vueltas, señores: lo que éste dice es el Evangelio. ¿Quién podrá desmentir aquello de *el tirano es un hombre que abusa de las fuerzas de la sociedad, para someterla á sus pasiones propias, y así la tiranía no es otra cosa que la injusticia apoyada en la violencia?* ¿Qué tal? ¿Pues y dónde me dejan ustedes aquello de los derechos *esenciales, sagrados é imprescriptibles* que corresponden al hombre, y que le usurpa el pícaro del poder absoluto?... Nada, nada, Sr. D. Santiago, amigo Cuervatón, señoras y señoritas: tengan ustedes presentes estas palabras: “La
 „violencia, la opresión, la credulidad, llegan
 „frecuentemente á adormecer á los pueblos,
 „á fascinar su entendimiento, á quebrantar
 „en ellos los resortes de la naturaleza; pero
 „cuando por favorables circunstancias abren
 „los ojos y oyen la voz de la razón; cuando
 „la necesidad les fuerza á salir de su letargo,
 „entonces ven que los pretendidos derechos
 „de sus tiranos, no son sino efectos de la in-
 „justicia, de la fuerza ó de la seducción, en-
 „tonces es cuando las naciones, acordándose
 „de su dignidad, ven que ellas no se han so-
 „metido á la autoridad, sino para su bien, y
 „que jamás han podido dar á nadie el dere-
 „cho irrevocable de hacerlas felices.”

IV

Dotado de maravillosa memoria, D. Roque recitaba trozos enteros de lo que había leído en sus papelitos, sin mudar una sílaba. No he conocido varón más sencillo é inofensivo que aquel fogoso lector del *Semanario*, comerciante que había venido muy á menos, y á la sazón, sin negocios, sin familia, y con poquísimo dinero, vivía en aquella casa, manteniéndose con su casi invisible renta. Así como el Gran Capitán oyó lo de *la opresión y la injusticia*, con los razonamientos puestos á continuación, que no entendiera menos si estuvieran escritos en caldeo, se encaró con su amigo, y burlescamente le dijo:

—¿Se ha acabado la jerga? Qué lástima que no viniera por aquí el padre Salmón, para que le contestase, y entre los dos se armara una marimorena de *distingo acá... distingo allá... necuacua... útiquis... reñega mayora...* y otras palabrillas que se usan en las disputas de los *teólogos*.

—¡Teólogos á mí! ¡A mí teólogos y con cascabeles!... ¡Y de la madera del padre Salmón! — exclamó D. Roque guardando el *Semanario* en el almacén de sus profundas faltriqueras.

—Y ha de venir esta tarde Su Paternidad — dijo agrídicamente la menor de las hijas de doña Melchora, — pues prometió darme una receta para este mal de la barriga que há diez días tengo.